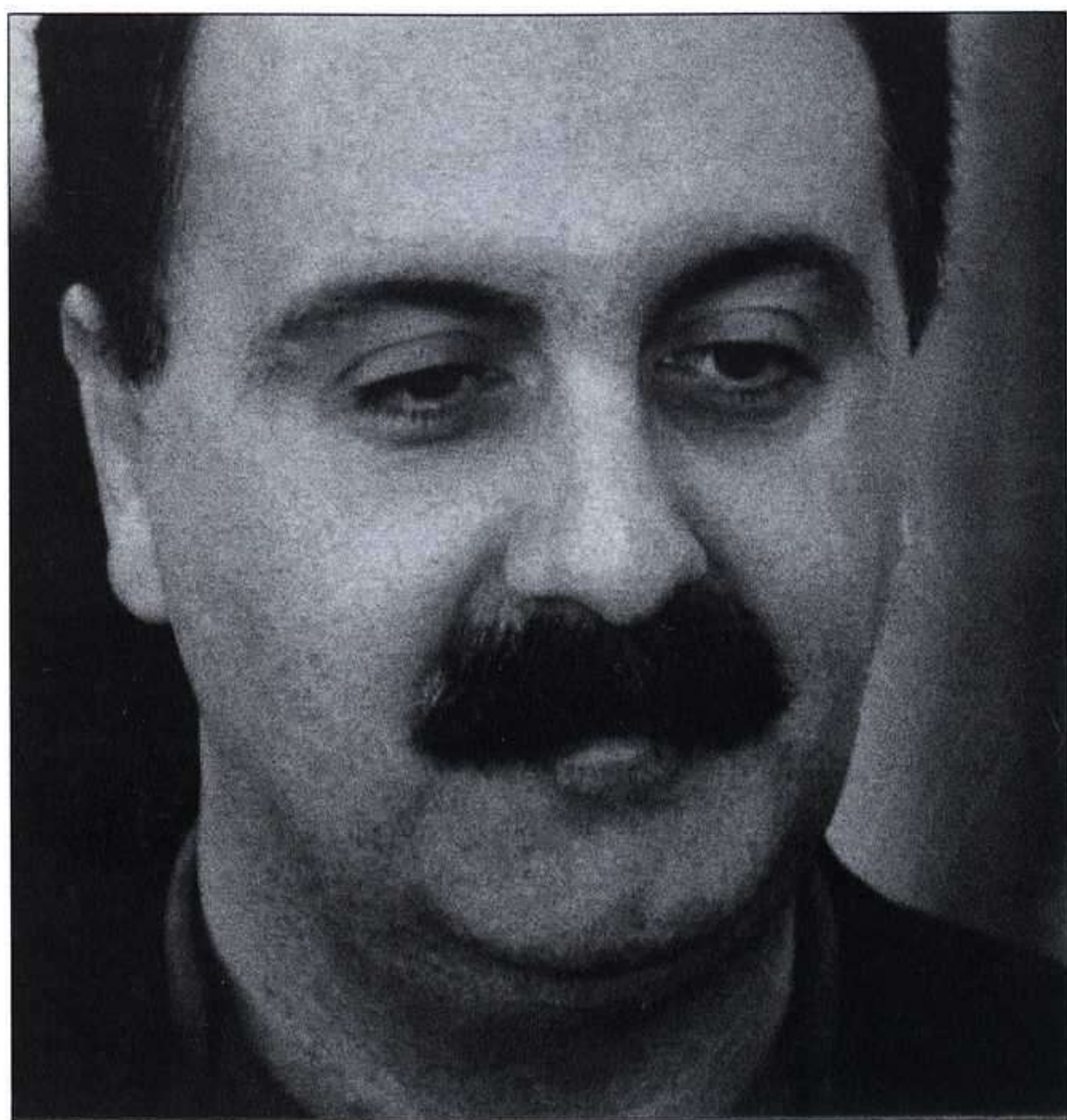


Xulio Ricardo Trigo



Supongo que todo el mundo, incluido yo mismo, pensaba que era un escritor muy serio para hacer otra cosa que no fueran sesudas novelas o precisos poemas, para dejar el mundo de la erudición, que siempre me ha fascinado —con quince años ya recorría las bibliotecas de mi ciudad en busca de no se sabe qué experiencias imprescindibles— en un extremo y bajar a un territorio que a simple vista nos puede parecer inferior. ¡Qué gran mentira!

Por suerte, a medida que van pasando los años y nos alejamos más de la adolescencia entendemos la única realidad, la escasa distancia que hay entre las épocas de la vida de una persona. Es difícil que antes de los 35 ó 40 años te des cuenta de que todo lo que eres ya lo eras de alguna manera a los 15 o a los 18. Es muy complicado entender cuando se es joven que envejece mucho más el cuerpo que la mente, que la mente, en todo caso, evoluciona hacia derivados de lo que fuimos.

Este engorroso preámbulo quiere explicar mi reacción negativa cuando me planteé mi primera novela con protagonistas jóvenes, después de varias «para adultos» y unos cuantos libros de poemas. Mientras pensaba el argumento de *El misteri del Barri Gòtic*, más tarde publicado por la editorial Barcanova, me decía a mí mismo que sería imposible meterse en la cabeza de los protagonistas. Estaba equivocado. Sólo tuve que ponerme a escribir, comenzar aquella historia con claras

reminiscencias de mis lecturas juveniles —Edgar Allan Poe, H. P. Lovecraft, Gaston Leroux, lord Dunsany— para entender que aquel lector adicto a la fantasía aún vivía dentro de mí. La historia salió por sí sola y me dejó incluso más satisfecho que algunas de mis novelas para adultos.

Pero en honor a la verdad diré también que nunca, ni con esta primera novela ni con la segunda —*Un crim al balneari*, que trata de las aventuras de una joven detective en el entorno cerrado de un balneario— me propuse escribir para jóvenes. Mi idea fue siempre escribir Novelas con mayúscula y la única diferencia, según el caso, era la edad de los protagonistas. Siempre que he escogido personajes jóvenes he revivido de alguna manera mi propia adolescencia, sin duda muy distinta de las actuales.

Fui un niño solitario, sin televisión, que disfrutaba leyendo, que a los 15 años ya se había leído todos los tebeos del mundo conocido, las series completas de los cinco de Enid Blyton y sus derivados, Julio Verne —nunca me gustó Salgari—, casi todos los rusos e ingleses del XIX..., y empezaba tímidamente, y sin entender muy bien tanto existencialismo todavía, a disfrutar con los escritores del *boom* sudamericano. Mientras tanto, supongo que porque no existía *Expediente X*, devoraba literatura fantástica, cuando Harry Potter aún permanecía disperso en multitud de clásicos, de Wells a Robert Bloch.

Creo que la literatura para jóvenes ha aportado a mi obra espíritu de juego, voluntad de riesgo, una cierta irresponsabilidad imprescindible para escribir ficciones. Me entusiasma la intriga como motor de la novela, pero también una cierta erudición como compañía —narrar debe ser sinónimo de descubrir— y hace muy poco he comprobado, no sin cierto asombro complaciente, que todavía disfruto con las historias de Enid Blyton, a pesar del espíritu un poco mentecato de sus protagonistas.

El cuento que tan amablemente publica *CLIJ, Fresas*, forma parte de un proyecto en marcha y también pienso a veces en una novela que desde la ciencia-ficción denuncie el olvido de ciertos valores humanistas, que no todos. Pero ya formará parte de otra historia.

Bibliografía (selección)

Narrativa

- El misteri del Barri Gòtic*, Barcelona: Barcanova, 1995.
- La desaparició d'Evelyn*, Barcelona: Planeta, 1995.
- L'extensió del temps*, Alzira (Valencia): Bromera, 1996.
- La mort salobre*, Valencia: Tres i Quatre, 1997.
- Fado o l'ordre de les coses*, Alzira: Bromera, 1998.
- Un crim al balneari*, Picanya (Valencia): Del Bullent, 2001.